

PERSONAJES.

---

DON ANSELMO.  
DON DIEGUITO.  
DON CLETO.  
DON SIMPLICIO.  
DOÑA MARIA.  
DOÑA ADELAIDA.  
SIMON, criado.

*La escena es en Madrid, en casa de don Cleto,  
y en una sala de la habitación que ocupa en ella  
don Dieguito.*



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Mil veces y mil repito,  
que habéis obrado muy mal.

D. ANSELMO.

Pero dime, pese á tal.  
¿en donde está mi delito?

D. DIEGUITO.

En dejar á Santander;  
sin escribirme siquiera  
dos renglones.

D. ANSELMO.

Bueno fuera,  
queriéndote sorprender,  
enviártelo yo á decir.



D. DIEGUITO.

Pues si media hora tardáis  
en llegar, no me encontráis.

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿pensabas salir?

D. DIEGUITO.

Sí señor; hay baile en Francia....

D. ANSELMO.

¡Y te ibas sin mi licencia!  
dígote que es imprudencia.

D. DIEGUITO.

Y la vuestra es ignorancia.  
¡Cuánto sentís la montaña  
tío y señor!

D. ANSELMO.

Ya se ve  
que lo siento y mucho; que  
¿no hay más que salir de España?

D. DIEGUITO.

No quise hablaros tampoco  
de tamaña tontería;  
sólo sí, que usted olía  
á montañés.

D. ANSELMO.

Y dí loco,  
sin respeto ni decoro,  
¿á qué huele un montañés?  
porque si á escabeche no es,  
bien sabe Dios que lo ignoro,

D. DIEGUITO.

Que os he de hablar, estoy viendo  
siempre en lenguaje muy llano.

D. ANSELMO.

Mira, háblame en castellano,  
y verás como te entiendo.

D. DIEGUITO.

Pues sepa usted, ya que viene  
de provincia, y no lo sabe,  
(aunque ignorancia tan grave  
casi disculpa no tiene)  
que el ir á Francia, es lo mismo  
que ir á ver su Embajador.

D. ANSELMO,

¿Y quién entiende señor  
tan elegante modismo,  
á no ser uno de ustedes?

D. DIEGUITO.

Es verdad; y apostaría  
á que no se me entendía,  
ni en Móstoles, ni en Paredes;  
y ya ve usted caro tío  
si están cerca.

D. ANSELMO.

Si lo están,  
mas no, no te entenderán  
de seguro, yo lo fío.



D. DIEGUITO.

Pero dejemos á un lado  
semejante necedad,  
y decidme ¿qué deidad,  
os ha tan bien inspirado?  
¿Qué genio os ha conducido  
tan bienhechor y tan grato,  
á Madrid?

D. ANSELMO.

Un Maragato,  
es sólo quien me ha traído.

D. DIEGUITO.

¡Maragato! puf qué horror.

D. ANSELMO.

Oyes, no era muy bonito,  
mas con todo, te repito  
que ha sido mi conductor;  
y cuando el mal pensamiento  
de ver á Madrid me dió,  
con la idea de ser yo  
padrino en tu casamiento,  
no puse el mayor cuidado  
en la beldad del muchacho,  
sino en el trote del macho,  
en que vine atravesado.

D. DIEGUITO.

Según eso amado tío  
dejáis por mí vuestro hogar,

D. ANSELMO.

¿Y qué hay de particular  
en eso sobrino mío?  
¿no eres tú de mi caudal,  
solo y único heredero?  
¿no te educó con esmero  
mi cariño paternal?  
Si vinistes á la Corte  
á soñadas pretensiones,  
¿no fueron, di, mis doblones,  
los que te dieron el porte  
de galán y de entendido?  
¿contrarié jamás tu gusto?  
pues entonces ¿no es muy justo,  
ya que quieres ser marido,  
que también quiera mi amor  
conocer con Barrábas,  
la sobrina que me das?

D. DIEGUITO

Y ¿cómo podré señor,  
dignamente agradecer,  
un favor tan señalado?

D. ANSELMO.

Está luego harto pagado  
si se llega á conocer,  
¿pero Diego y con tu amante  
en qué altura te hallas, di?

D. DIEGUITO.

Toma, que me adora.



D. ANSELMO.

Sí,  
pues has logrado bastante:  
¿y el padre?

D. DIEGUITO.

Sin duda alguna,  
me quiere con más ternera  
que la chica; y más firmeza.

D. ANSELMO.

¡Jesús hombre y qué fortuna!

D. DIEGUITO.

Si señor, y aunque abogado  
de crédito cual ninguno,  
no defiende pleito alguno,  
sin haberlo consultado  
antes conmigo.

D. ANSELMO.

¡Qué dices!  
¿y saben eso los clientes?

D. DIEGUITO.

Lo ignoro, pero son gentes  
que tienen buenas narices.  
y ya lo habrán conocido.

D. ANSELMO.

Pues mira, querido Diego,  
quien pierda su pleito, luego  
te ha de estar agradecido,

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere  
D. Cleto, y sin opinión  
propia, en cualquiera ocasión  
á mi opinión se refiere:  
por eso usted le verá  
preguntarme á troche y moche,  
D. Dieguito ¿es ya de noche?  
D. Dieguito ¿lloverá?  
y otras mil cosas que evito,  
por ser relación molesta.

D. ANSELMO.

Ya, como que tiene puesta  
su confianza en D. Dieguito.

D. DIEGUITO.

¿Y la madre? ¡qué señora  
tan buena! ¡si pierde el juicio  
por mí! ¿pues y D. Simplicio?

D. ANSELMO.

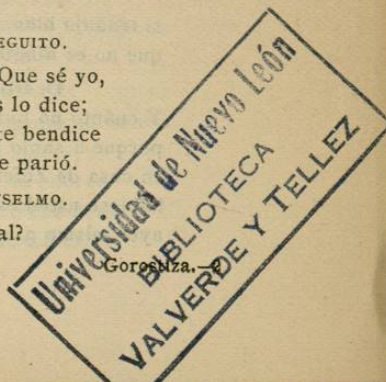
¡Calle! ¿á que también te adora  
D. Simplicio?

D. DIEGUITO.

Que sé yo,  
pero á lo menos lo dice;  
y á cada instante bendice  
la madre que me parió.

D. ANSELMO.

¿Y quién es el tal?





D. DIEGUITO.

El tal,  
es un amigo querido  
del padre, que ha dirigido  
la educación racional  
de la hija.

D. ANSELMO.

¿Con que sabrá  
mucho?

D. DIEGUITO.

Ya se ve que sabe.  
¡Sabe el francés!

D. ANSELMO.

¡Olal grave  
estadio.

D. DIEGUITO.

Y tradujo ya  
no sé si fueron dos mil  
melodramas.

D. ANSELMO.

Pues amigo,  
si tradujo bien, te digo  
que no es ningún zascandil.

D. DIEGUITO.

Y cuánto no hubiera dado,  
porque á sabio tan divino,  
en casa de Zeferino,  
hubiese usted escuchado  
ayer mismo al medio día.

D. ANSELMO.

¿Es casa de algún señor,  
de las ciencias protector?

D. DIEGUITO.

No, es una pastelería  
donde fuimos á almorzar.

D. ANSELMO.

¿Y quién pagó.

D. DIEGUITO.

Pagué yo:  
porque á los hombres de pró,  
jamás permito pagar.

D. ANSELMO.

No hiciera más Salomón;  
que un literato cabal,  
tiene en letras su caudal,  
nunca en reales de vellón.

D. DIEGUITO.

Pues como digo; fué tanto  
lo que el hombre me elogió,  
que casi me sonrojé.

D. ANSELMO.

Más humilde eres que un santo;  
pero qué sabes hacer,  
dí. para que así te adoren  
las hembras, y se enamoren  
los machos du tu saber?



D. DIEGUITO.

No sé, mas ello no es cuento.

D. ANSELMO.

¿Será estrella?

D. DIEGUITO.

No es estrella;  
sino mi figura bella  
y mi gran entendimiento.  
¿Quiere usted que le refiera,  
de que modo conocí  
á mi Adelaida?

D. ANSELMO.

Hombre sí.

D. DIEGUITO.

Fué cosa muy lisonjera:  
Un domingo en cierta parte  
donde bailábamos antes,  
entre un grupo de elegantes  
hijos de Venus y Marte,  
que todos ellos hablaban  
á un tiempo, y se divertían  
infinito, pues reían  
y á sí propios se escuchaban;  
una señorita estaba  
tan discreta como hermosa,  
que lánguida y desdenosa,  
apenas les contestaba.  
Cuanto la vi, me gustó;  
la hice señas, y en verdad

si os he de hablar realidad,  
en ellas no reparó.  
Su indiferencia por fin  
cansó mi orgullo ofendido,  
y así poniéndome erguido,  
arreglado el corbatín,  
atusándome el cabello,  
y el sombrero bajo el brazo,  
me acerco paso ante paso  
adonde estaba aquel bello  
serafín, aparentando  
que por distracción me arrimo,  
y saludando con mimo  
á cuantas iba mirando.  
Llegué al cabo, y con la idea  
de que viese el tono mío,  
le hablé de calor y frío,  
de Máiquez y la Correa,  
de Parls, (donde no he estado,)  
de bailes, música, y cantos,  
y eu fu murmuré de cuantos  
se hallaban á nuestro lado.  
¡Mas ay Dios y qué fracaso!  
la ninfa de mis amores,  
apesar de mis primores,  
no me hizo tampoco caso,  
y cuando quise después  
ponderarla su hermosura,  
el diablo de la criatura,  
sólo respondió con pues,  
vaya. Jesús qué burlón,



son ustedes muy ladinos,  
ó con otros desatinos  
que aumentaban mi pasión.  
Aburrido al ver tan rara  
frialdad, pensé en retirarme:  
en esto siento abrazarme  
por detrás, vuelvo la cara,  
hallo un simple conocido,  
que se informa cuidadoso  
de mi salud, que enojoso  
me abruma á puro cumplido,  
que habla de vd. de su renta,  
que exagera mi caudal;  
y que después informal,  
sin despedirse se ausenta.  
La niña con atención  
observaba aquesta escena,  
y sin duda la enajena  
mi talle y mi discreción;  
pues luego que el importuno  
se va, con dulce soflama  
me mira, se ríe, me llama  
y distingue cual ninguno.  
Bailamos señor, bailamos  
en seguida siempre juntos;  
hablamos de mil asuntos  
y del nuestro al cabo hablamos;  
y fué tal nuestra pasión,  
que ya nos juramos fé  
eterna, en un balancé  
del séptimo rigodón.

D. ANSELMO.

¡Mire vd. tanto desvío  
en lo que luego paró!

D. DIEGUITO.

Y en tal noche; no sé yo  
como pudo el dueño mío  
de mi figura gustar,  
por cierto lo extraño mucho,  
pues estaba tan malucho,  
y acababa de pasar  
tal crugida, que en verdad  
ya fué buena, como que  
burla burlando, apuré  
en mi corta enfermedad  
cuantos diascordios había  
en la botica famosa  
de la Reina Madre.

D. ANSELMO.

¡Hay cosa  
más rara! pues si tenía  
cuatro novios como tú  
por vecinos, la botica  
quedaba pronto más rica  
que una mina del Perú.

D. DIEGUITO.

Los padres no conocieron  
nuestra pasión; porque atentos  
me hicieron mil cumplimientos,  
y su casa me ofrecieron.  
Luego me dejaban solo



con ella por el jardín,  
y luego... vamos por fin  
me enamoré como un bolo.  
¡Mas casualidad maldita!  
cuando estaba más metido,  
sale el viejo con que ha olido  
la maraña, gruñe, grita,  
mil escrúpulos le asaltan,  
me declara cruda guerra,  
y de su casa me cierra  
las puertas.

D. ANSELMO.

Vaya no faltan  
contratiempos en tu historia.

D. DIEGUITO.

Por fortuna no soy tonto,  
y supe conjurar pronto  
el nublado: aunque la gloria  
debo en parte á don Simplicio,  
pues fué quien me aconsejó  
que de boda hablase yo.

D. ANSELMO.

¡Cáspita y qué beneficio!  
por supuesto ¿bastaría  
que esta voz se pronunciase,  
para que al fin se allanase  
todo?

D. DIEGUITO.

En aquel mismo día  
después una habitación

se encuentra desocupada  
en la casa de mi amada,  
y sin ninguna intención  
se me ofrece por los viejos;  
yo la admito... porque al cabo  
quise estar más cerca.

D. ANSELMO.

Bravo,  
siempre es mejor que estar lejos,

D. DIEGUITO.

¿Quién lo duda?

D. ANSELMO.

Pero chito;  
que he sentido cierto ruido  
de campanillas. Querido,  
¿tiene tu suegro bendito,  
calesín?

D. DIEGUITO.

¿Y para qué?

D. ANSELMO.

¡Toma! para ir la otoñada  
al Consejo.

D. DIEGUITO.

¡Qué bobada!

en caso fuera bombé:  
mas si no me engaño, son  
los sellos de don Simplicio.

D. ANSELMO.

Pues eran para mi juicio  
calesín ó procesión.



ESCENA II.

DON SIMPLICIO Y DICHOS.

D. SIMPLICIO.

Señor Don Diego, sabed  
que vengo comisionado  
por vuestro dueño adorado  
para que.... ¡Ah! perdone vd.  
caballero. (*Rep. en D. Ans.*)

D. ANSELMO.

Servidor

de vd.

D. SIMPLICIO.

Vuestro me repito:

escuche vd. don Dieguito,  
con licencia del señor.

D. ANSELMO. (*Aparte.*)

Vd. la tiene: éste va  
á preguntar quién soy yo.

D. SIMPLICIO. (*Aparte á D. Dieguito.*)

¿De qué tapiz se arrancó  
la figura que allí está?

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

Sepa vd.

D. SIMPLICIO. (*Id. á D. Dieguito.*)

Por vida mía  
que es espantosa visión;  
¡qué chupa! ¡qué casacón!

mullidor de cofradía  
cuando menos será el tal.

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

Don Simplicio, poco á poco....

D. SIMPLICIO. (*Id. á D. Dieguito.*)

O si en esto me equivoco,  
podrá ser un animal.

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

¡De mi tío se habla así!

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito,*

¿Qué dice vd. por S. Telmo?

D. DIEGUITO. *Id. á D. Simplicio*

Qué es mi tío don. Anselmo.

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito.*

¿El de los millones?

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

Sí.

D. SIMPLICIO. (*Id. á D. Dieguito.*)

Acabara vd. de hablar.

Una y mil veces dichoso (*A D. Ans.*)

este instante venturoso

es para mí, sí: abrazar

al mortal ilustre puedo,

cuya sensibillidad,

bondad, amabilidad,

probidad, edad, y....

D. ANSELMO.

Quedo,

don Simplicio; basta ya  
de piropos.



D. SIMPLICIO.

No señor,  
no basta; porque mi amor,  
es mucho amor. Ojalá  
que la fama me cediese  
por un instante, las cien  
trompetas....

D. ANSELMO.

¡Ay Dios! ¿y quién  
quiere vd. que se estuviese  
dos minutos á su lado?  
Pobres orejas.

D. SIMPLICIO.

Entonces  
su nombre de vd. volara  
de boca en boca, y lograra  
eternizarse con bronces,  
estatuas y monumentos;  
entonces.... pero ¡qué digo!  
permítame vd. amigo,  
que deje los cumplimientos,  
y en alas de mi deseo  
noticia tan placentera  
anuncie.

D. ANSELMO.

Como vd. quiera,  
don Simplicio; pero creo  
que mi traje no es decente,  
para ponerme delante  
de damas y....

D. SIMPLICIO.

Es elegante,  
sí señor; y ciertamente  
todos dirán que su corte  
es á la inglesa; que él es  
obra de un sastre francés  
establecido en la Corte;  
y que os costó sendos reales.

D. ANSELMO.

Pues tenga vd. por muy cierto,  
que es obra de un sastre tuerto  
natural de Castro Urdiales.

D. SIMPLICIO.

Y añada vd. que también  
se encuentra la prueba en eso  
del espantoso progreso  
de las luces; ¿digo bien,  
don Dieguito?

D. DIEGUITO.

¡Qué sé yo!  
fuera en verdad muy perverso,  
si á la faz del universo,  
no declarase que no.  
Esa hechura en realidad,  
no es de moda.

D. SIMPLICIO.

Yo no digo  
que lo sea, pero....



D. DIEGUITO.

No amigo:  
en puntos de esta entidad,  
no transijo con mi honor.

D. SIMPLICIO.

Es terrible este don Diego:  
joven, rico, amable, y luego  
petimetre.... mas señor  
es preciso confesar  
que tenéis todo un sobrino.

D. ANSELMO.

¿Quién lo niega?

D. SIMPLICIO.

Es desatino,  
lo que debe adelantar  
en su carrera.

D. ANSELMO.

Sí tal;  
cuando empiece una carrera.

D. SIMPLICIO.

No hay mujer que no se muera  
por él.

D. ANSELMO.

Pues hace muy mal.

D. SIMPLICIO.

Ya se ve, tiene tan bella  
figura....

D. ANSELMO.

No he reparado.

D. SIMPLICIO.

Su talento es despejado....

D. ANSELMO.

Me alegro.

D. SIMPLICIO.

Y después aquella  
instrucción, aquel despejo  
que el cielo le ha concedido,  
admlra.

D. ANSELMO.

¿Con que es instruido?

D. SIMPLICIO.

Sí señor, por mi consejo,  
se traga cuanto papel  
ya docto, ya literario,  
se imprime.

D. ANSELMO.

¿hasta el calendario?

D. SIMPLICIO.

También se cuenta con él.

D. ANSELMO.

Sopla.

D. SIMPLICIO.

Mas quiero callar  
porque pudiera ofender  
su modestia y....



D. DIEGUITO.

No puede ser;  
no señor, y continuar  
debe vd.

D. ANSELMO.

Mas el recado  
consabido....

D. SIMPLICIO.

Voy corriendo,  
pero antes será diciendo  
que sois muy afortunado *A D. Ans.*  
en tener tal sobrinito;  
pues por más que lo busquéis  
es fijo que no podréis  
hallar otro D. Dieguito.

D. ANSELMO.

¡Y necio de mí! pues yo  
no juzgué que el chico fuera,  
un hombre como cualquiera.

D. SIMPLICIO.

¿Como cualquiera? eso no;  
es un ser muy diferente.

D. ANSELMO.

Ya lo empiezo á conocer.

D. SIMPLICIO.

Agur pues.

D. ANSELMO.

Hasta mas ver.  
¡qué necio y qué impertinente!

[*Aparte*]

ESCENA III.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Vaya tío la verdad,  
no es cierto que D. Simplicio  
es un pájaro de cuenta:

D. ANSELMO.

No hay duda sobrino mío;  
es un hombre extraordinario.

D. DIEGUITO.

¡Toma! por eso le he visto  
siempre á la moda....

D. ANSELMO.

Lo creo.

D. DIEGUITO.

Y le llevan en palmitos,  
y....por eso me contentan  
sus elogios repetidos,  
mucho más que si saliesen  
de los labios esquisitos  
de un doctor en teología.

D. ANSELMO.

¿Y si fueren excesivos?  
¿y si acaso te tratase  
con demasiado cariño,  
con harta parcialidad.



qué dirías? él es tu amigo,  
y algo pródigo en elogios.

D. DIEGUITO.

¡Pródigo en elogios, lindo,  
precisamente de nadie  
hablar bien nunca le he oído  
si no de mí.

D. ANSELMO.

Mayor causa  
para desconfiar, sobrino.  
Tú no eres ningún Adonis.  
como ya te lo habrá dicho  
el espejo muchas veces;  
además ¿donde has seguido  
los estudios? ¿cuáles aulas  
has cursado? vaya, dílo  
para encontrarte adornado  
de un saber tan repentino?

D. DIEGUITO.

¿Con que nada sé?

D. ANSELMO.

Sabrás  
sino lo has puesto en olvido,  
la gramática latina  
que te enseñó siendo niño  
el domine en Santander,  
y aquello que por ti mismo  
hayas podido aprender  
en Madrid, que si yo digo

lo que siento, nunca será  
mucho.

D. DIEGUITO.

Pues mire vd., tío,  
lo que es gramática sé  
bien poco; pero os afirmo  
que nada absolutamente  
desde entonces he aprendido.

D. ANSELMO.

¿Luego tu ciencia es infusaj

D. DIEGUITO.

Infusa, ó no es positivo,  
que todos dicen que tengo  
un talento peregrino.

D. ANSELMO.

El talento como el suelo  
mas feraz, si de cultivo  
carece, nunca produce  
sino inútiles espinos;  
así, Diego, nada importa  
que lo tengas esquisito:  
si te falta la instrucción.

D. DIEGUITO.

No me falta, ¡ay tal capricho!

D. ANSELMO.

¿Pues dime qué sabes?

D. DIEGUITO.

¿Yo?



D. ANSELMO.

Tú.

D. DIEGUITO.

No lo sé á punto fijo;  
pero ello es que hablo de todo,  
y me aplauden, y decido  
magistralmente y....

D. ANSELMO.

Pues eso  
no es saber nada, Dieguito.

D. DIEGUITO.

Ya, porque no lo estudié;  
como si fuese preciso  
para ser un literato,  
enterrarse entre los libros.

D. ANSELMO.

Hombre, á mi me parecía  
necesario requisito.

D. DIEGUITO.

En la montaña quizá  
lo será, pero es sabido  
que nunca en la Corte se hila  
tan delgado.

D. ANSELMO.

Te repito  
que no lo entiendo.

D. DIEGUITO.

Además,  
qué interés habrán tenido  
ni D. Cleto ni su esposa  
ni Adelaida ni Simplicio  
en engañarme y decir  
lo que dicen. Adivino  
que me saldréis con la pata  
de gallo, que nunca han sido  
voto las mujeres, cuando  
nos hablan de sus queridos  
hasta después de casadas  
con ellos; mas señor mío,  
¿él D. Simplicio y D. Cleto  
se casan también conmigo?

D. ANSELMO.

Soy de dictamen que no.

D. DIEGUITO.

Pues ambos juran que han visto,  
un pozo de ciencia en mí.

D. ANSELMO.

Permita el cielo divino  
que no sea un falso.

D. DIEGUITO.

Mil gracias  
por el cumplimento, tío,

D. ANSELMO.

No te enfades, hombre, y sea  
lo que quieras, Si ha cabido



dudas en mi corazón,  
si manifesté sencillo  
mi temor, de que no fuesen  
la buena fe ni el cariño  
los sentimientos que dictan  
elogios tan desmedidos,  
no fué porque tú no puedas  
merecerlos, pero amigo  
por desgracia no soy joven,  
y muchas veces he visto,  
ensalzar hoy, lo que ayer  
mereció befa y ludibrio,  
y vice versa. ¿Te acuerdas,  
dime, de D. Agapito  
aquel pretendiente á togas  
tan flaco y tan consumido,  
y de quien todos burlaban  
en la tertulia del primo  
D. Eustoquio?

D. DIEGUITO.

Sí me acuerdo.

D. ANSELMO.

Pues luego le he conocido  
oídor en Oviedo, y ya  
era un hombre muy sabido  
y muy leído, después  
le nombraron para Quinto  
de Regente y ya era un sabio,  
y se murió el pobrecillo  
por último y volvió á ser

para todos un borrico.  
Mira tú que altos y bajos  
el concepto ha padecido  
del pobre Regente, y piensa  
si estás expuesto á los mismos.

D. DIEGUITO.

Como yo no fui Regente,  
ni....

D. ANSELMO.

Pero puedes ser rico  
y....

D. DIEGUITO.

Silencio por la Virgen,  
que viene....

D. ANSELMO.

¿Quién? un novillo.

D. DIEGUITO.

No señor, mi suegro y toda  
su familia.

#### ESCENA IV.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA, D. CLETO,

D. SIMPLICIO y *dichos*.

D. CLETO.

Bien venido  
señor D. Anselmo, vaya  
tuvo vd. bien calladito  
su viaje....



D. ANSELMO.

Fué tan de pronto ....

D. CLETO.

Y no sé como no riño  
con vd., pero mejor  
será abrazarle.

D. ANSELMO.

Del mismo  
dictamen soy.

D. CLETO.

¿Sabe vd.,  
que está rejuvenecido,  
y que nadie le dará  
treinta años?

DOÑA MARIA.

Ni veinte y cinco,  
pues no ves el sonrosado  
de las mejillas, el brillo  
de los ojos, el... si no  
que lo diga D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

Tenéis razón, y apostara  
á que el señor ha tenido,  
la fortuna de bañarse  
en el seno cristalino  
de la fuente de Juvencio.

D. ANSELMO.

¡Bañarme en fuente! pues digo  
acaso los Montañeses

somos tan puercos, los ricos  
tomamos baños en tina,  
y los pobres en el río.

D. SIMPLICIO.

Hablaba en alegoría.

D. ANSELMO.

Ese es otro desatino,  
guarde vd. su alegoría  
para el cortesano lindo  
que dice lo que no siente,  
y lo que no se le dijo  
oye, pero á montañés  
el pan pan, y el vino vino.  
Mas hablemos de otra cosa;  
supongo señores míos,  
que de la amable Adelaida,  
estoy viendo los hechizos?

DOÑA ADELAIDA.

Soy muy servidora vuestra.

D. ANSELMO.

Advierto que mi sobrino  
no me ha engañado y que son  
sus retratos parecidos.

DOÑA MARIA

¡Ola! con que escribió á vd.

D. ANSELMO.

Mil veces.



DOÑA MARIA.

Qué picarillo,  
y decidme ¿en prosa ó verso?

D. ANSELMO.

Con prosa sobra infinito,  
cuando se pide dinero,  
y como este siempre ha sido  
el objeto principal  
de sus cartas....

DOÑA MARIA.

Pues amigo  
tiene mucha habilidad;  
y si no, vaya Dieguito,  
recite vd. si es que gusta  
aquel soneto tan lindo  
que compuso á un estornudo  
de Adelaida!

D. DIEGUITO.

¡Qué delirio!

DOÑA MARTA.

¿Por qué?

D. DIEGUITO.

Si no vale nada.

DOÑA MARIA.

¡Modestia!, usando artificio  
con que siempre los autores  
disfrazan su orgullo mismo;  
así pues fuera modestia.

DOÑA ADELAIDA.

Quizá el señor no halla digno  
el objeto y....

D. SIMPLICIO.

Un estornudo,

Adela, es un desperdicio,  
y un desperdicio de vd.  
puede dar harto motivo,  
no digo para un soneto,  
sino también para cinco  
melodramas: por lo cual  
soy de opinión que sin mimos  
ni subterfugios, nos diga  
su soneto Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Pero si....

D. ANSELMO.

Vamos no te bagas  
de rogar, que si salimos  
después con lo que me temo,  
mereces dobles silbidos.

D. DIEGUITO.

Pues, señor, por obediencia  
solamente lo recito.

*A la encantadora Adelaida, oyéndola  
estornudar el día 14 de septiembre de  
1818 á las 3 y 29 minutos de la tarde.*



SONETO.

Si fuese negro, guachi repitiera;  
Alá te guarde siendo musulmano,  
y si hubiese nacido castellano  
con un *dominus tecum*, respondiera.

Pero como la suerte lisonjera  
me eleva á petimetre cortesano,  
por más que Dios me tenga de su mano  
te diré lo que nadie te dijera.

Primero te diré que el Dios Cupido,  
tira flechas con arcos diferentes  
para hacernos dichosos ó infelices;  
y después te diré que complacido  
al observar mis prendas eminentes,  
para mí, se sirvió de tus narices.

D. SIMPLICIO.

Bravo amigo, lindamente.

D. CLETO.

¡Qué soneto tan divino!

D. SIMPLICIO.

Esto se llama hacer versos;  
que vengan pues los Virgilio,  
los Lopes los Garcilasos,  
y verán....

D. ANSELMO.

¿Conque este chico  
compone mejores versos  
que Lope?

D. SIMPLICIO.

Con tercio y quinto

D. ANSELMO.

¡Y con esa figurilla  
tan poco poética!

DOÑA MARIA.

Amigo

no tenéis por Dios razon;  
la figura de Dieguito,  
es tal, cual siempre conviene  
á la gente de su oficio.  
¿Ha visto vd. en su vida  
un poeta gordo, rollizo  
ni con buenas pantorillas?

D. ANSELMO.

¡Son tan pocos los que he visto!

D. CLETO.

D. Dieguito ¿sale vd.  
esta noche?

D. DIEGUITO

Nó, es preciso  
sacrificarla en obsequio  
de nuestro recién venido.

D. CLETO.

Pues entonces vamos  
á la sala, y divertidos  
podremos pasar el rato  
hasta la cena.

DOÑA MARIA.

Un tresillo  
jugaremos.



DOÑA ADELAIDA.

No mamá;  
soy de parecer distinto,  
mejor será que sigamos  
nuestro tema interrumpido  
por el señor.

D. SIMPLICIO.

Hablaremos  
sensibilidad.

D. DIEGUITO.

Pues listo  
vamos todos.

D. ANSELMO. *(A parte)*

Vamos todos.  
¡Ay Valladolid bendito  
que bien tu casa de orates  
estuviera en este sitio!

### ESCENA V.

DON CLETO Y DON DIEGUITO.

D. CLETO.

Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Mande usted.

D. CLETO.

Ya que llegó vuestro tío,  
bueno fuera que á su vista

se zanjase el consabido  
enlace, y si fuese pronto  
mejor.

D. DIEGUITO.

Sí, sí, muy bien dicho.  
cuando se desnude, pienso  
hablarle.

D. CLETO.

Mañana mismo  
viene á casa un escribano  
para ciertos asuntillos  
y puede haer de una vía  
dos mandados; esto es, digo,  
si á vd. le parece.

D. DIEGUITO.

Vaya  
si me parece: poquito  
lo deseo yo.

D. CLETO.

Y con razón;  
porque caballero mío,  
aun no sabe su merced  
qué gran cosa es ser marido.

---